

# XXVII. LITERATUR LEHIAKETA 2022-2023

ZARAOBE BHIko hizkuntza sailek BABIO AMPAren babesarekin antolatutako jarduera da; ikasleen artean parte-hartze interesgarria izaten jarraitzen du. Aurten bereiztekoa izan da ikasleek adierazi duten sormen maila.





### SARITUTAKO TESTUAK

Ikasleek idatzi bezala aurkezten dira lanak, zuzenketarik gabe. Horregatik, ortografia edo sintaxi-akatsak egon daitezke.

## EUSKARA 1.ZIKLOA

### **NIRE HELMUGA ZUREKIN DA!**

Zer da niretzat zoriona?

Sekula ez nuen pentsatu nire zoriona zu izango zinenik.

Lehen begiradan, galdu egin nintzen,  
ikusten zaitudanean edo nire buruan zaudenean, maitagarrien ipuin batean  
egotea bezalakoa da.

Pentsamendu guztietan zaude zu.

Ez nintzen inoiz konturatu niretzat beharrezkoa izango zinenik.

Zure mezu bakoitzak irribarrea eragiten dit.

Ikusten zaitudanean, bihotza taupaka hasten zait, eta sentitzen dut irten egingo  
zaidala.

Pentsamendu guztietan zaude zu.

Nire ametsetan ere abentura guztien protagonista zara.

Nire aurpegia argitzen duen argi zuria zara.

Sabelean tximeletak sentitzen ditut ikusten zaitudanean.

A zelako klimak!

Pentsamendu guztietan zaude zu.

Nire baitan zaudenean Saharako lurretara bidaiatzen dugu eskutik helduta  
bidean aurrera.

Pentsamendu guztietan zaude zu.

Zure izena da beti buruan daukadan lehen eta azken hitza.

Gutxi ikusten zaitut, gogoan zaitut.

Zure begirada bakoitzak gehiago maitemintzen nau.

Zehazki, nire zoriona ZU zara.

Pentsamendu guztietan zaude zu.

## GAZTELANIA 1.ZIKLOA

### **Y AQUEL TIGRE ROSA FUCSIA...**

La noche era oscura, como todas en mi pueblo. El sol se iba antes y el alcalde no tenía presupuesto para farolas. Solo había una al lado de la parada de autobús. Digo parada, por no decir trozo de madera y trozo de pared, supuestamente para sentarse y para apoyarse.

— ¡Silvia, ve a tirar la basura! — Estaba en mi cuarto cuando mi madre me llamó.

Fui a tirar la basura, como siempre. Vi algo que se me hizo desconocido. Desde siempre ha habido una casa en ruinas subiendo la cuesta de al lado de la parada, pero esa vez vi un coche, una camioneta para ser exactos, blanca. Pensé que sería de los nuevos vecinos. Me di la vuelta y volví a casa.

Al día siguiente, fui a la parada del autobús para ir a clase. Miré hacia arriba; la furgoneta de anoche había desaparecido. Me lo quité de la cabeza y subí al autobús. Aquella noche cuando volví a tirar la basura me pasó algo, algo siniestro...

Después de tirar la bolsa, empecé a andar hacia mi casa. Tenía los cascos puestos y un playlist de Nirvana a todo volumen. De repente, noté que algo me alumbraba la espalda, un coche, no... una furgoneta, pero no cualquiera... Me di la vuelta rápidamente y me eché a un lado, y al realizar el movimiento se me cayeron los cascos. Me fijé en algo, le miré la cara al conductor, ... era espeluznante, estaba sonriéndome, pero no con una sonrisa agradable, sino como si quisiera asustarme. Recogí mis cascos rotos y volví a casa.

Al siguiente día no fui a clase. Me dolía mucho la cabeza, tomé pastillas, pero no sirvieron para nada. Fui a dar un paseo, pero no fue una buena idea. Aproveché para ver si seguía aquella siniestra furgoneta. Sí, efectivamente. Tuve miedo, volví a casa. Subí a mi cuarto, no podía dejar de pensar, estaba segura de que en esa casa pasaba algo y ese algo no era nada bueno.

Ese mismo día, por la tarde, me encontraba mejor. El dolor se iba quitando, así que tracé un plan. Quería investigar aquella casa. Si me pillasen diría que estaba buscando a uno de mis gatos, era creíble, ya que teníamos 5 gatos. Así que esa noche lo hice.

Cogí mi linterna y me dirigí hacia la parada de autobús y luego hacia arriba. Tenía miedo, mucho miedo, pero también tenía interés, en saber. Además, antes de entrar no vi la furgoneta, así que estaba más tranquila.

Cuando llegué hasta la casa, vi que una de las paredes de la casa estaba totalmente rota. Entre por ahí, y me llevó a un tipo de jardín seco. Oí el ruido de una furgoneta. Intenté esconderme detrás de unos arbustos. Noté una presencia oscura detrás mío, mierda, miré hacia atrás y... ay, estaba a punto de ser asesinada con un hacha... No, era mi gato, ahora sí que no tenía excusa.

Vi a aquel hombre entrar en un tipo de cabaña que tenía al lado del jardín. De repente, sonó la canción de "You Know You're Right". Era mi madre que me estaba llamando desde el trabajo. Intenté quitarle el tono a mi móvil y me puse tan nerviosa que se me cayó entre los arbustos donde estaba escondida. Al intentar cogerlo me rocé con todas las ortigas. Al fin, lo conseguí. Pero era demasiado tarde, porque el hombre estaba saliendo de la cabaña. Del estrés salí corriendo y de la velocidad casi me caí en la cuesta.

El siguiente día era sábado. Aun así, no salí de casa, ni el domingo tampoco. El lunes tuve que ir; tenía examen de lengua a primera hora. Ese día tuvimos una charla interesante en tutoría. Estábamos investigando y dando opiniones sobre las personas "malas", como les llaman los niños. Pero en la realidad serían los asesinos, violadores, terroristas, maltratadores... Tuve miedo mientras hablábamos, pero también tengo que decir que es un tema bastante adictivo para hablar. Sobre Jeffrey Dahmer, que fue un asesino y caníbal, o como el payaso asesino que existió y se llamaba "John Wayne Gacy", y muchos más, todos los de la lista negra.

Volví a casa y quise investigar un poco más sobre los asesinos en serie. Al apagar el ordenador me miré al espejo y me vi un poco pálida. No, no es sano saber de estas

cosas. Por eso salí a dar un paseo, esta vez cuesta abajo.

Fui detrás del frontón, porque ahí está mi portal, o mejor dicho, un agujero en la red tapado con un palé. Este lleva a un gran campo lleno de lavandas. Suelo ir ahí para relajarme y leer en paz. Me cuelo por el frontón porque no es lo que se suele decir “Mi propiedad”, aunque le hago un favor al dueño, nunca va y alguien tendrá que cuidar o mejor dicho disfrutar de su campo ¿no es verdad?

Estuve unas horas, luego decidí ir hasta el pueblo a ver si veía a Lucas, le echaba de menos era... era... un amigo, sí, un amigo, bueno, la verdad es que eso estaba por ver, pero no hablemos de mis amoríos. Cuando bajé, vi otra vez a aquel hombre.

En ese instante sentí que mi corazón empezaba a latir deprisa, que mi respiración aumentaba, que mis rodillas empezaban a temblar. Quedé paralizada. Mi instinto me dijo que corriera, así que así hice. Corría cuesta arriba... con el miedo y la angustia se me escaparon algunas lágrimas.

Mientras iba cuesta arriba me pareció ver a una persona... ¿Lucas? No podía parar, vi que me hacía un gesto, me dolió, pero tuve que ignorarlo. Llegué a mi casa y me tranquilicé. Quería enviarle un mensaje a Lucas explicando un poco lo que estaba pasando, pero no tenía su teléfono.

Subí a mi cuarto y me puse los cascos. Quería escuchar a mi grupo favorito, Nirvana, pero aquella playlist me recordaba a aquella noche, así que oí a Taylor Swift.

Mientras escuchaba música me puse a hacer algunos ejercicios de inglés. De repente, noté que mi móvil vibraba, me estaban llamando de un número oculto.

—No, por favor, no no no... —Exclamé, mientras alejaba mi móvil de mí. Empecé a asustarme.

—Silvia ¿estás bien? Ha llamado el tío Miguel, dice que está intentando llamarte. Se ha comprado un móvil nuevo, así que recuerda que te saldrá como desconocido. —Mi madre, me dio un gran susto cuando entro en mi habitación.

Hice un gesto con la cabeza queriendo decir que lo había entendido. Entonces, mi madre se marchó. Recibí otra llamada, la acepté.

—¿Sí? ¿Tío Miguel? —Respondí.

—Mira niña, no sé quién carajos eres, pero más vale que me pierdas de vista, si no te aseguro que sufrirás. —No, no era mi tío.

Colgué rápidamente y me entró una angustia y un miedo tremendos. Al cabo de unos minutos mi móvil volvió a sonar. No podía dejarlo, tenía que ser valiente. Cogí mi móvil de una y respondí.

—¡Hijo de puta, déjame en paz de una vez! —Después hubo un silencio enorme.

—Silvia, pero bueno, ¿dónde has aprendido ese lenguaje? —Me quería morir. Esta vez sí que era mi tío. Pedí perdón y colgué. Me puse los cascos y me metí debajo de la cama. Empecé a llorar.

Al día siguiente fui al instituto. Me pasó algo alucinante. En el recreo, Lucas se me acercó bastante tímido. Quería preguntarme qué me pasaba el otro día y a ver si quería quedar el viernes a la tarde. Respondí que sí y le di mi número de teléfono por si las moscas. Salí de clase embobada.

Esa noche, cuando fui a tirar la basura y volví a casa, antes de entrar, vi la furgoneta blanca al lado de la basura. Tiró botes de pastillas, jeringuillas y una alfombra vieja y sucia. Después arrancó y se fue. Cuando le perdí de vista fui corriendo hacia ahí para conseguir ver de reojo la matrícula. Conseguí llegar a tiempo, pero las luces del coche me cegaban y esa noche había algo en la basura que apestaba, así que me rendí y volví a casa.

Al día siguiente, en clase de física y química teníamos un examen de la tabla periódica. Mientras rellenaba la tabla con todos los nombres, de repente noté el tacto de un fluído, hasta que vi todo mi examen rojo. Me toqué la nariz y estaba sangrando, mucho, una cantidad enorme. Le pedí a la profesora permiso para ir al

baño, me preguntó a ver por qué. ¿De verdad? ¿no era obvio? Tenía las manos en la nariz intentando que la sangre no gotease más, pero era inútil, todo el mundo me miraba como si estuviera loca.

—¿Pero no lo veis? ¡Estoy sangrando! —Miré alrededor. Nadie respondió.

Me llevaron al médico del instituto. Fue tan grave que llamaron a mis padres. Estos vinieron corriendo.

—Señor y señora Pérez, siento informaros que según las pruebas que le hemos realizado a vuestra hija, está comprobado que vuestra hija ha consumido extractos de “dietilamida del ácido lisérgico” o biológicamente LSD.

—Eso es imposible. Además, el LSD se consume inyectándolo en vena. —Respondió mi madre.

—Tiene razón, pero hay otras maneras, como beberlo mezclado junto a una bebida o aspirarlo.

Mi madre le puso mala cara al médico y me llevó a rastras hasta el coche. Allí me echó un sermón. Aun así, yo estaba segura de que no me había drogado. Me dolía la cabeza y no quería meterme en un follón, así que dejaría que mi madre me dijese todo lo que quería y luego me iría a mi cama a descansar.

El miércoles teníamos excursión. Íbamos a ir a un monte del pueblo y luego a plantar árboles. Ese día estuve triste, Lucas no vino a clase. Según los rumores, tampoco el martes había venido,

Llegó el jueves y Lucas tampoco vino a clase ese día. Estaba triste, pero esta vez no era por Lucas. No sabía porqué estaba triste. En el autobús, contemplaba los campos congelados por el frío, todos blancos.

Y por fin llegó el viernes. En el instituto fue un día bastante cansino. Tenía ganas de que llegase la tarde, ya que había quedado con Lucas. Pero el viernes tampoco vino a clase. Fui al frontón de nuestro pueblo a las 17 y no vino. Me enfadé y volví a casa. Le

mandé un mensaje que no vió ni respondió. El fin de semana fue raro. Estaba triste y enfadada al mismo tiempo.

Llegó el lunes otra vez. Entramos todos a clase, nos tocaba Lengua Castellana, pero en clase estaba nuestra tutora. Nos pidió que nos sentáramos y de repente empezó a llorar, si, la profesora. Hubo mucho silencio en al menos 2 minutos enteros, solo se escuchaba el lloriqueo de la profesora.

—Chicos, tengo que anunciaros algo que no es fácil. —Todos estábamos ansiosos.

—Es Lucas, Lucas González, de 3o F. —¿¡Lucas? ¿Qué le ha sucedido? Mis pensamientos cada vez eran más negativos.

—Ha fallecido. —Un silencio enorme en la sala.

—Lleva algunos días muerto, lo han encontrado hoy.

Algunos empezaron a llorar, contándome a mí misma. Yo intentaba cubrir mis lágrimas debajo del puff que llevaba. El trabajo de geografía que teníamos aquel día me salió fatal. Llegué a casa.

El autobús me dejó en la parada. Me sorprendió, porque había unos 2 coches de policía y uno del FBI aparcados. El cubo de basura tenía una cinta de esas de las películas, puesta alrededor.

Sin querer pisé un periódico que había llevado el viento. “Joven de unos 14 encontrado en un cubo de basura enrollado con una alfombra” ¡Era... era Lucas! ¡Dios mío! ¿en el cubo de basura, espera... enrollado en una alfombra... ¡eso me sonaba! ¡Todo ese tiempo ha estado ahí! Eso explica el mal olor del otro día.

Me atreví a preguntar a los policías a ver cómo había muerto. ¡No era posible! ¡Una sobredosis de LSD, la misma droga que supuestamente me había tomado el otro día! De repente se me encendió una bombilla en mi cabeza. Corriendo a toda prisa entré en casa. Mi madre me saludó, pero la ignoré completamente. Fui a mi escritorio y encendí el ordenador, en el buscador puse “Sospechosos delincuentes de hace poco”

no me apareció gran cosa, hasta que me metí en una página... ahí estaban todas las respuestas... “Hombre de 1,80, ancho de hombros, pelo castaño, argentino, que conduce una camioneta Toyota blanca”, eso no era todo... “sospechoso de asesinato de 2 niños en un pueblo de Madrid. Los secuestra y luego les inserta con jeringas 2 porciones de LSD”. Apagué el ordenador.

Estaba todo, absolutamente todo, era aquel hombre que casi me atropelló, él ha sido todo el rato un asesino de 2 niños en Madrid y uno aquí en Barcelona, Lucas González. Imprimí aquel folleto y fui corriendo a explicar todo a la policía. Conseguí que me hicieran caso, visitaron la casa en ruinas, le pillaron y ahora tiene que cumplir condena perpetua. El juez tiene que decidir si será condenado a la silla eléctrica o no.

Aquella noche me sentí aliviada porque por fin no había ningún psicópata en mi pueblo. Claramente no había superado lo de Lucas, ni creía que algún día sería capaz de hacerlo. Estaba cenando cuando...

—Silvia, ¿dónde tienes el anillo de la abuela? —Me miré la mano.

—¡Dios, el anillo! —Me acordé de aquella vez en esos arbustos, cuando se me cayó el móvil, seguro que también se me escapó el anillo del dedo.

No era muy tarde, así que cogí mi chamarra y me dirigí hacia la casa. Aquel anillo era muy muy importante para mí.

Entré por aquel agujero en la pared (obviamente era ilegal entrar en esa casa, los policías lo estaban registrando), pero solo iba a ser un minuto. Encendí mi linterna y empecé a buscar. De repente vi que algo brillaba en el suelo.

—¡El anillo!

Me agaché y lo cogí. Oí un ruido. Pensé que sería mi gato. De repente, sentí como un pinchazo en la espalda, empecé a sentirme un poco mareada, cada vez más y más, hasta que ese mareo fue convirtiéndose en algo agradable... Nunca me había fijado en los gnomos de jardín que estaban en aquella casa... y el perro... no, perdón, el

tigre... Dios, qué bonito tigre, con ese pelaje tan largo... y el color... ay, el color... ¿alguna vez he dicho que me encanta el rosa fucsia?... Lo que más me sorprendió era el árbol, el árbol de las rosquillas... ¿cómo no podía tener uno de esos en mi casa? Qué bonito era todo, tan placentero...

¿FIN?

## 1. SARIA (ex aequo): GAROA AYERDI ORDOÑEZ, DBH2

### **LA HISTORIA DE ABDEL Y MOSHE**

-¡No quiero ir!- gritó Abdel, un niño de Palestina, después de que su padre le dijese que tenía que ir a la guerra.

- Hijo, tienes que ir.- le contestó su padre con tristeza- El gobierno nos ha obligado a todos los padres que los niños mayores de diez años, tienen que ir a la guerra.

-¡Pero es que me da mucho miedo!- le replicó su hijo llorando- ¡ No quiero morir!

-Abdel, no vas a morir.- le contestó Mohamed, su padre, a su hijo de doce años mientras le abrazaba intentando consolarlo- Yo iré contigo y no me separaré jamás de tí.

-¡Papá, yo no quiero ir a la maldita guerra! ¡Yo quiero ir a la escuela como el resto de niños!- siguió Abdel.

-Hijo, yo también quisiera que fueras a un colegio como los niños de otros países. Pero es irrevocable. La decisión del gobierno se impone a todo lo que digamos.- le contestó Mohamed, mientras se dirigía a la cocina.

Al volver el padre de Abdel de la cocina, le dió un bocadillo de tortilla a su hijo.

-Gracias, papá.- le agradeció Abdel a su padre.

-No hay de qué, hijo.- le contestó su padre- Y ahora, ve a la cama, porque mañana tenemos que salir a primera hora de casa e ir al ayuntamiento, donde nos darán los trajes militares y algunas armas.- finalizó Mohamed.

Padre e hijo se despidieron, y se fueron a la cama, los dos pensando en lo mismo: ¿Regresarían ambos algún día a esa casa, sanos y salvos.

Al despertar al día siguiente, se fueron al salón de estar para coger unas pocas provisiones: dos botellas de un litro de agua, algo de comida y un mapa de Palestina e Israel, el contrincante de su país.

Cuando se calzaron, fueron directos al ayuntamiento y ahí el alcalde de la ciudad les dio armas y el traje militar. Seguido, les dijo a los ciudadanos que tenían que ir en grupos de treinta personas. Entre esas treinta personas con las que tenía que ir Abdel, también había otros 4 niños: uno de once años, otro de catorce, otro de quince y otro de diecisiete. También había un comandante que les guiaría y les mandaría todo lo que tenían que hacer.

Todos juntos salieron de la ciudad y fueron por un bosque que les acercaba a Israel.

-Oye, niños, vosotros quedaros por detrás y nosotros iremos por delante vuestro, y así estaréis seguros- dijo el comandante con su vozarrón.

Dicho y hecho. De inmediato los cinco niños se pusieron en la parte trasera del grupo.

Fue avanzando el tiempo y se iban acercando cada vez más a Israel, pero de repente, oyeron un ruido ensordecedor de disparos unos metros por delante.

Rápidamente, se escondieron todos detrás de un muro, y observaron con unos prismáticos lo que sucedía.

-Hay un grupo de soldados israelíes con un tanque, tenemos que andar con mucho cuidado y atacarlos cuando menos se lo esperen- alertó el comandante al resto del grupo. Corrieron sigilosos por el bosque, esperando a que el grupo de israelíes se acercase y atacarlos sin que les vieran. Pero de repente, apareció un grupo de jabalíes.

-¡Aaaah!- gritaron los cinco niños a la vez, que fueron los primeros en avistar a los feroces animales.

-Shhh- dijo el comandante, haciéndoles señas a los pequeños del grupo para que dejaran de gritar- No gritéis, o nos descubrirán- obligó el comandante.

Tuvieron que alejarse de la zona, para que no les pillasen los jabalíes, pero algunos iban mucho más rápidos que otros, y Abdel y su padre se quedaron solos con otros seis integrantes del grupo.

-¿Y los demás?- preguntó alertado Abdel.

-No lo sé- respondió uno de los integrantes del grupo- Lo que si se es que el comandante está también con los demás- continuó diciendo preocupado.

-¿Y ahora qué hacemos?- preguntó otro de los integrantes.

-Nosotros ahora vamos a avanzar hacia adelante y nos alejaremos de este bosque, de los jabalíes y de ese grupo de israelíes- dijo el padre de Abdel, cogiendo las riendas del grupo- Abdel, como ahora tú eres el único niño, tú irás en la mitad del grupo, y así estarás más seguro- terminó Mohamed.

Siguieron avanzando y decidieron hacer un especie de campamento para dormir aquella noche.

Al despertar, recogieron todo y siguieron su caminata, hasta que aparecieron en un pueblo totalmente destruido. Afortunadamente, encontraron una fuente y aprovecharon para rellenar las botellas de agua. Exploraron un poco más el pueblo y encontraron una tienda totalmente destruida, en la que habían sobrevivido a la destrucción unos pocos alimentos, que cogieron para comer más adelante.

El pobre Abdel estaba llorando porque no soportaba ver tantos cuerpos de gente muerta cada vez que daba dos pasos.

Se quedaron en el pueblo un rato más para ver si conseguían encontrar más suministros. Empezó a oscurecer, y se metieron en una casa que estaba más o menos en condiciones y se fueron a dormir.

Abdel, no conseguía conciliar el sueño pensando en una cosa: ¿Algún día acabaría esa pesadilla y todo volvería a ser como antes? ¿Esa guerra entre su país e Israel acabaría con su vida y con la de su padre? No lo sabía y nadie le podía confirmar nada, pero desde luego, echaba de menos estar en su casa con su padre tranquilo y seguro.

Al final se durmió absorto en sus pensamientos y despertó al día siguiente, sin saber lo que estaba a punto de pasar.

Nada más despertarse, salieron de la casa dispuestos a salir de aquel pueblo. Pero de repente, se encontraron con lo que menos esperaban.

-¡Un tanque!- gritó Abdel alarmado, nada más salir de la casa.

Efectivamente, a cincuenta metros de la casa, había un tanque israelí que iba acompañado de un gran grupo de soldados.

Los adultos miraron rápidamente hacia donde señalaba el pequeño Abdel, para ver si era cierto. Pero lo que más les sorprendió, fue que venían del bosque en el que estuvieron el día anterior y, que llevaban esposados a los compañeros que perdieron de vista el día anterior.

-Abdel, toma la mochila de las provisiones y sal corriendo hacia el lado contrario de donde está el tanque- le susurró Mohamed a su hijo.

Abdel le hizo caso y salió corriendo con la mochila, mientras no paraba de llorar, teniendo asumido que su padre estaba a punto de morir.

Siguió corriendo durante más de dos horas, hasta que encontró un bosque en el que paró y comió un poco de las provisiones. Afortunadamente, tenía una escopeta, que podía utilizar en caso de que se quedase sin comida y tuviese que matar a algún animal.

Iban pasando las horas, y decidió buscar palos y otros materiales con los que hacer un refugio. Cuando terminó de montarlo, escuchó unos pasos y una vocecilla hablando cerca de donde él se encontraba, y decidió esconderse en su refugio.

-¿Y ahora qué hago?- decía el desconocido- Estoy solo. ¡Hala! ¿Y este refugio? Voy a entrar y pasaré aquí la noche. En algún sitio tendré que dormir-siguió.

El misterioso chico entró en el refugio y resultó ser un niño de más o menos la misma edad de Abdel.

-¡Aaaah!- gritaron ambos a la vez.

-No me ataques por favor. Estoy desarmado- dijo el niño misterioso.

-Tranquilo, no te atacaré- le dijo Abdel, recuperándose del susto.

-Gracias- le agradeció el niño- Por cierto, ¿Cómo te llamas? le preguntó.

-Abdel. ¿Y tú?- le dijo Abdel.

-Yo me llamo Moshe- le respondió el niño- ¿Me puedo quedar contigo a dormir esta noche?- le preguntó Moshe.

-¡Claro!- le respondió Abdel a su nuevo amigo.

Siguieron haciéndose preguntas y Abdel descubrió que Moshe tenía once años, que era de Israel y que su padre también había muerto en esa horrible guerra. Continuaron hablando hasta que Moshe le hizo una pregunta que le dolió mucho a Abdel.

-¿Qué le pasó a tu madre?- le preguntó Moshe.

-Mi madre estaba trabajando y le cayó una bomba y la mató- respondió medio llorando- ¿Y qué le pasó a la tuya?- le preguntó mientras se secaba las lágrimas.

-La mía escapó de Israel hace dos meses con mi hermano de ocho años y con mi hermana de dos años- le contestó.

Al rato se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, Abdel se despertó antes que Moshe y salió a cazar. Consiguió cazar un pequeño conejo y regresó al refugio donde Moshe le esperaba despierto.

Compartieron la comida y salieron a explorar un poco los alrededores juntos.

Volvieron juntos al refugio y cogieron la escopeta para buscar más comida. Como no encontraron nada, volvieron y cogieron la mochila dispuestos a escapar de ambos países en guerra.

-¿Recogemos también el refugio?- preguntó Moshe.

-Sí. Quien sabe si tendremos que montar un refugio en el sitio a donde vayamos- respondió Abdel.

Cogieron las tablas de madera, la manta y las cuerdas con la que Abdel hizo el refugio el día anterior y se marcharon.

Avanzaron hacia el norte y se encontraron con un río, en donde pararon para descansar y comer. Querían salir de Israel y de Palestina pero necesitaban descansar porque solo tenían once y doce años.

- Si supiéramos qué río es este podríamos seguirlo e igual nos alejaba de Israel y de Palestina- dijo Moshe.
- Yo tengo un mapa del territorio en la mochila y creo que tiene señalado los ríos- respondió Abdel mientras sacaba el mapa- Este debe de ser un enlace con el río Jordao, que hace frontera con Jordania y con Líbano y podríamos escapar- dijo Abdel mientras observaba el mapa.
- Pues decidido. Vamos a avanzar siguiendo este río- dijo decidido Moshe.
- Fueron avanzando durante una hora, pero se encontraron con una manada de lobos.
- ¡Cuidado!- gritó Abdel.
- ¡Nos van a acorralar! gritó asustado Moshe.
- Rápidamente, Abdel tiró las dos tablas de madera más grandes al agua y le hizo un gesto a Moshe para que se tirase a una de las dos tablas.
- Consiguieron escapar de la manada de lobos pero, ahora, tendrían que encontrar la manera de salir de aquel río.
- Abdel sacó la cuerda e hizo un nudo en su tabla de madera y estiró la cuerda para que Moshe también pudiese atar su tabla de madera y que así hiciesen un estilo de tren para no separarse demasiado.
- Empezaron a hablar de cómo podían conseguir amarrarse a tierra firme y entonces, se les ocurrió coger las otras tablas de madera y utilizarlas de remo. Avanzaron durante dos o tres horas y empezó a anochecer.
- Vamos a intentar amarrarnos a tierra firme- dijo Abdel.
- ¿Y cómo lo vamos a hacer?- le preguntó Moshe.
- Ahora que ya estamos cerca de tierra firme, podemos usar la otra cuerda para atarnos a un árbol- le contestó Abdel.
- Consiguieron amarrarse a un árbol, salieron a tierra firme e hicieron dos camas para dormir y un fuego para ahuyentar a los animales y se pusieron a dormir.
- Al despertarse, volvieron a recoger todos los materiales y siguieron andando. Ellos pensaban que sería un día duro, pero después de andar poco más de una hora, encontraron un cartel que les anunció lo que llevaban esperando muchos días, escapar de la guerra. ¡En ese cartel ponía que estaban en Líbano!
- ¡LO HEMOS CONSEGUIDO!- gritaron ambos a la vez, mientras se daban un abrazo, sin poder contener las lágrimas.

## LA CASA VECINA

Era una hermosa tarde de septiembre, el sol se escondía tras las montañas y ella sacaba fotos al hermoso atardecer desde la ventana de su furgoneta, la furgoneta que la llevaba a su nuevo hogar. Se iba a trasladar con su familia a un pequeño pueblo, no muy conocido. Sara estaba ansiosa por conocer su nueva casa, pueblo, la nueva escuela...

Era un domingo soleado, y Sara, después de ayudar a sus padres con las tareas del hogar, fué a explorar el pueblo, su nuevo pueblo. Era una villa bastante bonita, con mucha vegetación y todos parecían conocerse entre ellos, como si fueran una familia, estaba pasando la plaza cuando escuchó a un grupo de señoras hablando sobre una leyenda, una leyenda de terror. Sara, intrigada, se acercó para escuchar, y las ancianas, al darse cuenta de la presencia de Sara, callaron.

-Perdonadme, no quería molestar...- dijo Sara.

-Oh, tranquila pequeña, si no molestas, de hecho, nos encanta que los jóvenes como tú se interesen por las historias que contamos. -se apresuró a decir la anciana que relataba la leyenda. Era una señora de unos setenta años, esbelta, con pelo canoso y largo recogido en un moño.- Por cierto, -siguió diciendo- ¿Tú eres la nueva verdad?

-Sí, encantada, me llamo Sara, Sara Velao.

-Así que Velao eh...

-Así es.

-Encantada Velao, me llamo Rosa. Por cierto, ¿Querías escuchar la leyenda sobre la que estábamos hablando verdad?

-La verdad es que sí...

-Pues te cuento...

Así fue como Sara obtuvo a su primera amiga en aquel pueblo. Iba a ver todos los días que podía a Rosa y ella por su parte, le contaba historias que a Sara le encantaban, le gustaba pensar que eran reales.

Un día, Sara estaba jugando con una pelota, hasta que en un momento, sin quererlo, la tiró hacia la casa vecina, y para su mala suerte, entró por uno de los agujeros que tenían las ventanas de aquella casa abandonada. Sara se horrorizó por dos cosas, la primera era una pelota que le había regalado su mejor amiga antes de irse a aquel pueblo, y la segunda porque odiaba la casa abandonada que tenía al lado. ¡Se veía fatal! Pero decidió ir a por su pelota. -¿Qué podría tener de malo una casa abandonada?-pensó Sara. Y cuando estaba

delante de la puerta de aquella casa, escuchó un ruido, no parecía ser de ningún animal, y el viento no agitaba las ramas de los árboles. Iba a entrar hasta que oyó a su madre gritar.

-¡Sara a cenar!

Debía irse, pero no dejaría su pelota allí, mañana volvería para entrar.

Estaban cenando mientras veían la televisión hasta que a Sara se le ocurrió una pregunta que extrañamente no se la había planteado hasta aquel momento.

-¿Por qué nos hemos mudado?

Sus padres se miraron, preocupados.

-Veras...

-Desaparecen dos niñas en Falopia, ya llevan más de una semana y las autoridades creen que puede haber un secuestrador, aconsejamos que los niños salgan siempre acompañados de adultos...-dijeron en aquel momento por la televisión.

-¿Qué hace allí una foto de Laura?- balbuceó Sara casi llorando. Ahora entendía todo, había un maldito enfermo raptando niños en su antigua ciudad, por eso la llevaron a aquel pueblo, para protegerla. Lágrimas corrían por las mejillas de Sara, no se lo podía creer, su mejor amiga estaba probablemente muerta.

Después de aquello dijeron que el principal sospechoso había escapado.

-Desgraciado...-pensaba Sara.

-Sentimos no haberte hablado sobre este tema Sara, creíamos que ya lo sabías, como no preguntabas. Por eso hemos reaccionado así cuando nos lo has preguntado.-dijo la madre de Sara. Pero no la escuchaba, se fue corriendo hacia su habitación a llorar. Ahora estaba aún más convencida, iría a investigar aquella casa porque sabía que algo no andaba bien con ella.

A la mañana siguiente se despertó temprano, desayunó, preparó una mochila lo suficientemente grande para llevar un kit de supervivencia por si algo salía mal y se fué. Le habría gustado poder haberle contado todo lo que le había pasado a Rosa pero no había tiempo.

Entró a la casa casi sin pensarlo, ya que sabía que si se lo pensaba mucho no sería capaz de entrar.

Cuando entró se quedó boquiabierta, se mostraba ante ella un hermoso recibidor muy elegante, ordenado y limpio. Paredes moradas, unas escaleras de madera, que llevaban a la segunda planta, una larga alfombra roja y... Un perchero totalmente normal, excepto por un detalle, había un gorro y una chaqueta colgados. Sara se quedó petrificada, tenía

miedo, aquel gorro y chaqueta eran muy nuevos, pero no era solo aquello lo que la horrorizaba, había manchas de sangre, sangre que no estaba seca como a ella le hubiera gustado, no, era sangre reciente. Iba a dar media vuelta para salir de aquel horrible y majestuoso lugar a la vez pero la puerta se cerró de golpe, intentó abrirla pero no podía, estaba encerrada.

Una vez mentalizada Sara empezó a investigar, necesitaba salir de allí lo antes posible, pero todas las habitaciones de la planta baja estaban o cerradas o destruidas. Hasta que entró a la cocina, está también estaba destruida, desordenada mejor dicho, parecía como si alguien hubiese buscado algo allí, pero no lo pudo encontrar. Allí fue cuando intentó buscar comida, en vano, pero su búsqueda no fue inútil, porque encontró manchas de sangre, que si las seguías, te guiaban por un camino. Sara sabía perfectamente que si las seguía correría peligro, pero la curiosidad le ganó, y las siguió.

Después de unos veinte minutos de pasar por extraños pasadizos, pasillos y habitaciones, se encontró en una biblioteca, una de las bibliotecas más bonitas y con más libros que había visto nunca. Había estanterías enteras de libros de todo tipo de géneros: Aventuras, ciencia ficción, fantasía, terror... También había un sillón verde oscuro súper cómodo con al lado una mesita de madera marrón clara con una lucecita encima, y un ventanal muy grande y sorprendentemente limpio. Al mirar por la ventana se dió cuenta que ya había oscurecido, por lo cual decidió quedarse en aquella habitación por esa noche. Tenía miedo pero a la misma vez se sentía cómoda. Cogió el libro que más le llamó la atención, leyó un poco, y tiempo después, se durmió.

La despertó un fuerte ruido, venía de su izquierda, se giró y vió una puerta. Sara no recordaba haber visto aquella puerta el día anterior pero no le dio mucha importancia a eso.

Sara se incorporó para coger comida de su mochila ya que tenía hambre pero no le gustó en absoluto lo que vio en el suelo, había manchas de sangre, pero muchas más, casi el doble o triple que la tarde pasada. Agarró algo de comer de su mochila, y con decisión, se acercó a la puerta que se le había aparecido. Tenía miedo, mucho miedo, tanto, que se puso a llorar, quería irse a su casa, abrazar a sus padres, a Rosa y a Laura, su mejor amiga, deseaba parpadear y que despertase en su cama, como si hubiese sido todo una simple pesadilla, pero no ocurrió, por más que parpadease volvía a ver esa maldita puerta. Se acordó de Laura de nuevo, pero esta vez, con enfado.

-¡SI ERES EL SECUESTADOR DE NIÑOS, TE JURO POR DIOS QUE IRÉ A POR TI! Te lo prometo... Vengaré a mi amiga y a los demás.

Y una vez dicho esto, se adentro en algún tipo de habitación extraña, no había luz que iluminara la habitación y olía realmente mal aquel lugar.

A lo lejos distinguió una figura, Sara se escondió de inmediato, sentía la mirada de aquella criatura sobre ella, y eso la aterrorizaba. Oyó como se acercaba con unos pasos realmente pesados, hasta que en uno de los intentos de huir de allí, en uno de los últimos momentos de vida que le quedaban, notó algo de madera en su espalda, algo con forma de bate, lo agarró y efectivamente, era un bate.

Sujetó esa nueva arma que el universo le había dado, se levantó, y a unos pocos segundos de ser atacada por esa figura, lo golpeó, lo golpeó con tanta fuerza que cayó al suelo, inconsciente.

Buscó la linterna que había metido en su mochila y cuando la encendió, vio a un hombre, un hombre con pintas terroríficas, tenía varios golpes que no los había producido ella, de hecho, parecía tener un corte bastante profundo, Sara pensó en que podría haber sido con navaja, pero dejó sus pensamientos de lado y aún así le golpeó con el bate otra vez, tenía que asegurarse que no despertase. Agarró una cuerda que había por allí y lo ató con fuerza de manos y pies.

Echó de nuevo un vistazo, el mal olor era cada vez más notable. Después, volteó hacia donde había encontrado al hombre, ahí estaban los niños desaparecidos, los niños también tenían golpes y algunos sangraban, pero seguían vivos, y con ellos, Laura. Intentó decirles que se fueran con ella, pero los niños no contestaban. Sara intentó en vano despertar a Laura. Así que se fué corriendo hacia la biblioteca, hacía el ventanal. Rompió los cristales, agarró una cuerda de su mochila, y esta vez saltó hacia el exterior, lo había intentado el día anterior pero no se atrevió, pero esta vez sí que, saltó.

Despertó en el hospital, miró hacia un lado y allí estaba Laura, con ella. Lo mejor era que estaban todos a salvo, y Sara, se sintió como una heroína, aunque aquello, por poco le había costado la vida. Ahora, todo estaba bien. O eso creía.

**¡DESPIERTA!**

La noche se acaba, se marcha agotada.  
La luna se acuesta, se siente cansada.  
El alba se asoma radiante y callada.  
Y la mañana se viste de gala  
para quien quiera estrenarla.  
Un mirlo en la rama canta  
sonetos de amor a su amada.  
La luz atraviesa tu ventana  
y así, la esperanza ilumina tu mirada.

**1.SARIA: ASIER ALBISUA GONZÁLEZ, DBH1**

**EN ALGÚN SITIO**

En algún sitio o quizás sea en algún lugar  
se encuentra una bonita villa  
muy antigua y para nada sencilla  
con sus setecientos cincuenta años de antigüedad  
que con todos sus peldaños históricos  
vencerá la tempestad  
y sin darnos cuenta  
para siempre permanecerá  
nuestra querida villa Artziniega

**ACCÉSIT: URKO OURO LANDA, DBH1**

## GAZTELANIA 2.ZIKLOA

### PERDIDA

Conchita regresaba de su dormitorio. Había visto la foto de su marido Rafael en un portarretratos que colgaba de la pared de su cuarto y una idea de preocupación brotó en su mente: -“Rafael nunca llegaba tan tarde”. En el salón, todos callaban o dormitaban. Sólo el televisor rompía la tranquilidad que ella necesitada. Las imágenes de las noticias eran desoladoras: disturbios de huelguistas contra policías, desastres naturales por las nevadas acontecidas, asesinatos de una mujer, de un sacristán,... accidentes de tráfico mortales, enfrentamientos guerrilleros,... Su tristeza e inquietud fue en aumento. No podía permanecer sentada, necesitaba verle, saber de él...

Fue a la cocina y vio a las dos mujeres terminando de recoger la vajilla de la encimera. Éstas ignorando su presencia se afanaban en sus quehaceres, pues la hora de marchar y acabar la jornada llegaba a su fin. Una de ellas cargando con una voluminosa bolsa de basura salió a la calle por la puerta de servicio. La señora Conchita salió tras ella sin que nadie le prestase el más mínimo interés. Al llegar a la calle, una oleada de frío la sobrecogió. Podía haber regresado y cogido un abrigo, pues había nevado aquella misma mañana; pero la decisión ya estaba tomada: buscaría a su marido allá donde estuviese. Empezó a andar ligera en dirección contraria a los contenedores de la basura, no quería dar explicaciones, no quería molestar a nadie, no quería preocuparles con sus ideas. Su paso era seguro y decidido, aunque arrastraba una ligera cojera. Tenía que encontrarle. La calle estaba vacía, sin transeúntes, sin Rafael, sin Rafa...como a ella le gustaba llamarle. En su cabeza surgieron recuerdos atesorados de Rafael: entrando a casa y dejando la gorra en la cómoda, sonriendo, alegre, dándole un beso por saludo con el tintineo de las llaves en su bolsillo y así con él: la alegría,...la paz,... Pero vuelve el desánimo, la negrura, la bruma, la distorsión,...Rafa no llega. Se siente desesperada y triste, ¿no volverá a oír ese tintineo?, ¿no volverá a ver más a su marido? Las preguntas le dan fuerza para resistir y avanzar por las calles vacías, vacías de transeúntes, vacías de tráfico... Sola. Nadie a quien preguntar El barrio apenas tiene comercios; está en el extrarradio del pueblo. Todos los locales, lonjas, garajes, están cerrados. El sonido de unas lejanas campanadas tañendo, anuncian las tres de la tarde.

Conchita se muestra insensible. Vaga sin rumbo. Mira sin ver dentro de los coches aparcados, busca a alguien. Por fin, distingue un bar. Se acerca y entra esperanzada. El calor la revitaliza y deleita. Mira a los clientes, pero no reconoce a Rafael en ninguna de las personas. El camarero la mira extrañado, al tiempo que le dedica una amistosa sonrisa, pero él tropieza con una mirada huidiza y desorientada. La televisión vuelve a llamarle la atención: un videoclip de una chica con lagrimones pintados en la cara y una canción melancólica. Conchita niega con la cabeza desilusionada y prosigue su búsqueda. Cada vez más afligida, más pesimista. Los pensamientos le inquietan. Se siente sola, angustiada,... se siente ahogar. Un gélido aire le hace reaccionar, y continua, no cesa en la búsqueda de Rafael. Camina cabizbaja, estremecida por la frialdad que se apodera en sus manos, aprieta los dientes y deambula sin dirección... Desatiende las señales a su paso. No se fija y cruza la carretera. Ignora el sonido de un frenazo de coche. Prosigue su andadura. Camina errante, más encogida por la fatiga, pero obsesiva por ver a Rafael. Sólo Rafael, Rafa... Las calles se le revelan grises, apáticas. Su mundo se ha parado. Renacen sentimientos de pérdida. Lucha por combatirlos. Otra pensamiento aflora con fuerza: -“ y si Rafa está llamándome por teléfono, ... Sí, eso haré, le llamaré-“. Quiere llamarle, necesita su teléfono... Pero dónde... Ha salido de casa sin dinero, sin llaves,... sin su bolso. Qué locura, qué enredo. La incertidumbre se apodera de su sentimientos. Inmediatamente ve una puerta abierta y entra a indagar. La casa esta desordenada, sucia, con cascotes de obra, herramienta por los suelos, una hormigonera en marcha,... Un hombre, abandonando su faena, avanza hacia ella. El desconocido le pregunta qué necesita, qué quiere. Ella tiritando de frío, y tartamudeando logra decirle - mi marido...-. -No señora, lo siento mucho, aquí no está su marido-. El hombre se queda perplejo, atónito sin saber cómo ayudar. No está permitido el paso a personal ajeno a la obra, pero las desfavorables condiciones climatológicas y el lamentable estado de aquella mujer eran de extrema urgencia. . - Podemos llamar a su marido, señora. O pedir ayuda a la policía-. Le muestra el móvil que saca del bolsillo del polvoriento pantalón. Conchita desconfía y le mira atemorizada. No puede fiarse de desconocidos, sus intenciones pueden ser malintencionadas. A lo lejos se percibe ruido de sirenas. Se siente angustiada. Sale de la casa pero en su perturbación se adentra por un pequeño callejón y entra en el garaje de esa casa. Los impresionados albañiles tratan de ser pacientes con la mujer y reconducirla hasta la calle. Le ofrecen acercarse a un bidón con brasas para calentar las manos, al tiempo que otro, sacando del coche un abrigo, se lo ofrece. Le tratan de convencer para que regrese a su casa, -tal vez allí le esté esperando su marido-. Pero

su confusión es mayor, está desesperanzada. Algo no va bien. Ir a casa... por dónde... ¿y sin Rafael? Se ha extraviado y casi no puede andar. Está entumecida, le duelen las manos de frío. Los albañiles llaman a emergencias y explican su situación. -Es la mujer que estamos buscando-, se oye decir.

Desde una ventana un niño admira el paisaje nevado de su barrio: hay nieve en los jardines, en los capós de los coches, en las copas de los árboles,...Llama su atención una anciana, encogida, con un temblor en las manos exagerado, andando y vacilante, que traspasa el recinto acordonado de una propiedad en construcción. Al poco rato aparece un coche patrulla de policía con luces y sirenas, y unos viandantes corriendo... Todo pasa muy rápido. El niño avisa a sus padres. -¡Allí pasa algo!-. Los padres acuden al aviso de su hijo y se asoman a la ventana. ¡Un accidente en la obra!, piensan... Del coche patrulla sale un agente y corre a la casa. Tres viandantes también se apresuran a llegar allí. El niño cuenta someramente a sus padres lo que ha visto. Los padres comprenden la situación y tranquilizan al niño: -La estaban buscando y la han encontrado.

Conchita se arroja a los brazos de su hijo en cuanto le ve: -Rafa no ha regresado, ¿verdad?.

Unas lágrimas recorren su mejilla.

Han arropado a la anciana y salen de la casa. La anciana mujer se deja llevar abrazada por uno de los viandantes. A dos manzanas hay una residencia y hacia allí se dirigen. Donde cuidan a personas como Conchita, que reviven su pasado como si fuera su presente, y buscan a aquellos, a los que más quisieron en su vida, a los que entregaron su corazón para sentir la felicidad y el amor compartido. Son enfermedades muy penosas que hacen que las personas pierdan la memoria del tiempo, del espacio, de sus rutinas, de sus recuerdos, primero un poco de lo uno, luego un poco de lo otro, después más y finalmente casi todo...

## UN HOGAR

Tocaba la hora de salir de paseo con Laura, mi dueña. Realmente es la mejor, siempre salimos dos veces por día de paseo, solemos ir hasta el bosque y una vez en el bosque soy realmente libre. Juego con todos los insectos que me encuentro, pero lo que realmente me hace feliz, es jugar con Laura, siempre me tira objetos para que yo vaya a por ellos al vuelo. Me vuelve loco, ojalá todos los perros disfruten al máximo como yo.

Para llegar hasta el bosque siempre vamos por el mismo sendero, pasamos por el lago, el parque lleno de niños (me suelo poner muy contento al verlos) y por un antiguo caserío, que siempre veo a un perro con un gran parecido a mí, realmente me encantaría poder jugar con él, ya que siempre le veo amarrado a una cadena de hierro.

Eran alrededor de las 14:00 del mediodía cuando salí con Laura, pasamos por el sendero y lago, y al llegar al antiguo caserío me encontré con el perro de siempre. Laura se fijó en la mirada del chucho y reflejó una mirada triste, por ello, decidió llevarlo de paseo con nosotros.

Al fin, se le aprendió un brillo en los ojos diferente, de felicidad.

## EN SOLEDAD

En el lugar de siempre, con la compañía de siempre, las dos arañas que se posan en la esquina de la pared. Otro día más, igual de tedioso, veintitrés horas del día atado a una cadena, la cual pesa alrededor de 15 kg, por ello paso las horas tumbado, para no arrastrar la cadena. Cuando llega mi dueño, no me sé su nombre, llega con un cazo de pienso que me debe durar todo el día, por ello estoy tan delgado.

Eran alrededor de las 14:00, se escuchaban unos ladridos a lo lejos, a medida que se iban acercando vi un perro con un gran parecido a mí. Se le veía realmente feliz, con su dueña, suelto, riendo. Me entró envidia, ya que yo vivo en una cárcel constante, y de pronto, la dueña, si no recuerdo mal, se llama Laura, me soltó y me llevó con ellos de paseo. Desde aquel instante en mis ojos brilla felicidad.

El sentimiento de quererse querido y adorado es genial, ojalá todos nos sintiéramos así y nadie se sintiera solo.

### **HECHIZO DE VERANO**

En una calurosa tarde de verano,  
al río nos hemos acercado,  
Con redes, con cestas,

bañadores y chancletas.  
Jugando con mi hermano  
una rana hemos encontrado.

Él la atrapa con sus manos  
Y me lo ofrece como regalo.  
-¡Tírala!- le he gritado-

pues, no merece maltrato.  
Tus manos la están asfixiando  
¡de tanto que la estás apretando!-  
La rana se me queda mirando

con ojos desorbitados.  
-¿De qué estás hablando?-  
mi hermano me ha preguntado,

y, en mi cara, la rana me ha plantado.

-Esta rana quiere un beso apasionado,  
pues, un conjuro malintencionado,  
su futuro le ha truncado-.

Con repugnancia, a la rana he mirado:  
-¡No seré yo!- he pensado  
y con un manotazo la he liberado

de su captor insensato.  
Sin control va la rana volando

y en su mejilla se ha estampado

¡Qué horror!, ¡qué espanto!  
Ahora no hay una rana, sino dos  
las que me he encontrado.  
Mi hermano con el hechizo...

¿se habrá volatilizado?

**ACCÉSIT: IRENE ALBISUA GONZÁLEZ, DBH3**

### **PEQUEÑO CORAZÓN ROTO**

Cuando te conocí,  
creí un amigo encontrar,  
lo que nunca me imaginé,  
era que me ibas hacer llorar.

Los pájaros estaban tristes,  
cuando el cielo estaba nublado,  
a mi me pasaba lo mismo,  
cuando no estaba a tu lado.

Que malo es hallar espinas,  
donde se buscaba una flor,  
que triste es encontrar desprecio,  
donde se buscaba un amor.

Quise un corazón pedir prestado,  
porque el mio esta roto y necesito arreglarlo,  
¡Ruego negado!  
¡Jamás un corazón puede ser prestado!

No puedo olvidarte,  
simplemente porque no dejo de recordarte,  
solo digo que me falta el valor para demostrarte,  
que en verdad no puedo dejar de amarte.

Nose si intentarlo,  
es estúpido de mi parte,  
no poder olvidarte,  
pero tampoco poder amarte.

Tu crees que una simple palabra,  
no significa nada,  
pero no sabes el daño que hace,  
dejándosela en la cabeza ilustrada.

Entre mis venas,  
corre sutil ardiente llama,  
que sin cesar me inflama ,  
y me llena de dolor,  
pero una voz secreta me dice cada noche,  
¡Desafortunada, viviras condenada a eterno desamor!

**ACCÉSIT: IRAIDE GARCIA BLANCO, DBH3**

## GAZTELANIA BATXILERGOA

### ZUMBIDO

Por las noches hacía mucho calor en Tejas. Un calor pegajoso y abrumador, que obligaba a quitarse las sábanas hasta a la más friolera persona. Ese calor, tan desagradable para los humanos y cualquier animal en general, parecía agradar a las moscas de la zona, que se reunían dando zumbidos en las habitaciones de las casas. Daba igual las trampas para moscas que pusiese, las veces que rociase de aerosoles cada rincón de su casa o las horas que esperase acechando con un matamoscas, de alguna forma siempre había alguna mosca en casa de Gonzalo dispuesta a arruinarle la noche. Cuando creía que había acabado con todas las moscas de la habitación y, satisfecho, se tumbaba sobre su cama de paja, advertía un zumbido, al principio suave, pero cada vez más notorio cerca de su oído. Entonces, entre juramentos y maldiciones, se levantaba, encendía la luz y trataba de dar con el detestable insecto que no le dejaba dormir. Sin embargo, la mosca parecía desaparecer en cuanto encendía las luces, aunque el zumbido seguía ahí. Pasó muchas noches sin dormir; ni siquiera con tapones para los oídos era capaz de amortiguar el zumbido de aquel moscardón que lo acosaba por las noches. Su falta de sueño y deterioro físico fueron haciéndose cada vez más notorios ya que en el trabajo recibió un par de veces el comentario “pareces un muerto”. Y es que la situación de estrés le había quitado el apetito y había dejado de comer, su higiene también era cada vez peor y todo porque se obsesionó con atrapar a aquella mosca. Empezó a pensar que se había vuelto loco cuando empezó a escuchar el zumbido durante el día, ¿y si todo este tiempo la mosca había sido una alucinación? Quién sabe, tal vez tenía esquizofrenia o psicosis. Preocupado, fue a donde un médico quien, al medirle el pulso en un chequeo general, quedó atónito al escuchar únicamente un zumbido proveniente de su interior.

De hecho, era lo único que se oía en la morgue.

**1.SARIA: BIDATZ GONZÁLEZ PENA, BATX1**

## EL AMARGO SABOR DE LA GUERRA

Sonidos de pasos cansados destacaban en el gran silencio de la orilla de aquel riachuelo revuelto. Ya no le importaba que el bajo de sus pantalones estuviera de un color irreconocible ni el hecho de que la herida de su pierna estuviera derramando sangre descontroladamente.

– ¡Hola! Andrés, ven aquí, deberías parar esa hemorragia antes de que empeore. – gritó desde la orilla del río su compañero mientras humedece un trozo de su propia camisa.

– ¿Crees que tardaran mucho en encontrarnos esos necios? El cabecilla del grupo no puede tener más de 30 años y ya es autor de varias de nuestras bajas. – Decía mientras se acercaba a él cojeando. –

– No lo sé, pero no deberíamos parar de andar, tengo la extraña sensación de que los tenemos muy cerca.

Pequeñas piedras que se desprenden de los edificios, que explotan con furia, rebotan en el suelo y salen disparadas golpeando las piernas del periodista, que corre desesperadamente escapando de cinco muchachos cargando diferentes armas. Entre callejones puede ver a su compañero corriendo en la calle contigua, de vez en cuando este gira la cabeza para verle, pero al pasar el edificio se paraliza al ver que su compañero se ha topado con esos impresentables. Estaban acabados.

El bosque es silencioso y los pocos animales que han podido resguardarse del conflicto bélico gimen débilmente tratando de encontrar a los de su especie. Un comando formado por 5 muchachos locales avanzan por los senderos hechos por los espías extranjeros que estaban persiguiendo. Al llegar a la orilla del riachuelo unas voces se escuchan en la otra orilla. Ali, el encargado en dirigir al grupo, se agacha y observa cautelosamente el origen de esas voces; al otro lado del río dos hombres hablan entre ellos. Con un simple gesto de manos los cinco comienzan a avanzar en silencio y agachados; están a dos metros de distancia de los hombres que pueden hacer que su lucha acabe. Un paso en falso hacia atrás y el crujir de una rama hace que los extranjeros se levanten y comiencen a correr en dirección a la ciudad.

– ¡Mierda! Vamos, correr a por ellos.

Una persecución interminable es presenciada por los pocos habitantes que aún residían en aquella ciudad. Dos de los sirios alcanzan a rebasar a uno de los hombres y al girar la esquina se encuentran de frente. Una mezcla de cansancio, terror e ira va creciendo en el cuerpo de Antonio; nunca había estado tan cerca de la muerte y dentro de su cabeza va aceptando que estos son sus últimos momentos. Solo puede pensar en su hija Maria. Poco a poco sus lágrimas se acumulan y un nudo en su garganta se va formando al adentrarse en sus pensamientos. El viento choca contra la espalda de un Antonio pensativo, en media hora va a estar subido en un

avión con su compañero Andrés de camino a Siria para cubrir una guerra civil. Unas manos le rodean y siente el abrazo de despedida de su hija.

- Papa, te quiero de vuelta de una sola pieza- confiesa Maria con una sonrisa, pero con una mirada temerosa

- Tranquila, sabes que siempre vuelvo, cariño.-Una sonrisa melancólica se forma en su rostro a medida que va sintiendo el frío metal del cañón en su sien indicando que este recuerdo sería la última imagen que vería de su querida hija.

**ACCÉSIT: JAYDY GÓMEZ ANTON, BATX1**

## **DOS FRANCESES Y UN FRANCO**

Tal vez no había merecido la pena. La arena estaba mojada, de alguna forma.

-Cariño, ten cuidado, por el amor de Dios.

-Amor, sabes que no soy religioso.

La mañana era roja, como si el dolor de alguna deidad lo hubiera teñido con emoción.

-Anda con cuidado, no des tu vida por el país, eh. Vales más en un futuro conmigo.

Con ira, tal vez.

-Sabes que no soy muy patriota. Voy porque me mandan. Además, no tengo que estar peleando en el frente, ya te dije.

Con amor, quién sabe.

-Tú... piensa en mí. Por favor. Solo te pido eso.

-Lo dices como si no fuese a hacerlo. Te quiero.

El tren se había llenado durante la mañana, y marcharía dentro de poco. Era lo más probable que fuese la última vez que parejas o familias se vieran. “No sabe ni podrá saber nadie lo que daría yo por cambiar la última ocasión en la que veo a mi amigo” pensó. Aún así, no había ruido. Tan solo una silenciosa mezcla de melancolía y duda pintaba la otra parte del tren, la que no reflejaba el fuego recién encendiéndose, aunque parecía más el lento final de una combustión, del cielo. Un par de minutos más tarde, el tren salió.

-¡Outil Connaissances!- gritó, luchando con un bosque que ya le impedía el paso. Tal vez fuese a decir algo más, pero no tuvo aliento. Thierry Menteur sabía bien quién era, se lo dejaron bien claro en el documento. Tras 5 meses en las filas alemanas, habían aparecido papeles y rumores sobre el verdadero origen del joven. Niedrig Denker nunca existió. “Yo no elegí esto” no paraba de lamentarse mientras huía, saltó un tronco y se agachó

esquivando una rama “El ser humano no ha dejado de luchar por la libertad desde que se hizo consciente de ella”. Thierry cortó una planta y casi se tropieza con un tronco “¿Por qué estoy luchando? ¿No estoy siendo menos libre por luchar por algo que no me incumbe?” A Connaissances, quien tiró un árbol delgado y giró a la izquierda, siempre le gustó filosofar; aunque a Thierry, quien saltó un árbol y siguió el movimiento de la maleza, no le importaba demasiado. De hecho, no le había escuchado una sola palabra “Ni siquiera estoy luchando para liberar algún pueblo”. Miró hacia atrás por un momento “Luchar, luchar; vaya palabra”. El bosque terminaba en una ladera hacia abajo, donde la tierra se manchaba de polvo y la vegetación desaparecía.

–Y tú, Thierry, ¿qué harás?

–Ir a la guerra, supongo. Es lo más lógico.

El café sabía como a último.

–No tengo intención de huir.

Pero no como el último del día.

–Lo más seguro es que merezca la pena. Tenemos a Italia y al Imperio de nuestro lado; y Rusia, aunque no parece pasar una mala época, parece ser que tiene el pueblo muy descontento con el sistema– dijo su amigo, con el bigote empapado y la taza todavía en la mano–. No creo que el pueblo vaya a poner mucho de su parte.

–No te lo niego. Tú sabrás, gracias a ti vine aquí a trabajar. Me diste un consejo y tuviste razón, me creo lo que dices.

–Es lo que tiene, ser periodista te abre al mundo –miró su taza, casi vacía–, quieras o no. Thierry sabía que era una buena oportunidad, si lograba volver a casa sería reconocido con honores, y tal vez recibiría una generosa recompensa para él y su familia, llevaba 6 años sirviendo a Alemania. Tenía todo resuelto.

Cuando Chasseur llegó, el olor a carne podrida, plástico quemado y basura vieja confesaba que, hace no mucho, el terreno había dado lugar a un violento conflicto. Sin embargo, cuando llegó abundaba un silencio que mataba la calma, en la guerra nunca hay silencio. De todas las posibilidades, ninguna, o por lo menos en la cabeza de Chasseur Blesée, era favorable. Deseaba impaciente algo de ruido, sin importar cuál fuera la causa.

Blesée estaba ubicado en el costado de la línea que daba al mar. Sin embargo, entre él y la playa existía un buen lugar para que el enemigo se escondiera, pues esa zona no había sido cubierta, para colmo. El cielo estaba despejado. De repente, por suerte o por desgracia, el silencio se rompió: la arboleda entre el francés y el mar se agitó

bruscamente. “Habrá sido un animal” pensó, a sabiendas de que no había animal por esa zona que pudiera hacer bailar las ramas de esa manera. Era para él evidente que alguien lo habría notado, y al descubrir que no fue así, se acompañó de su fusil y se aventuró hacia la maleza para atacar a un posible enemigo o ayudar a un posible compañero. No había más alternativas. “No es posible”, se dijo.

En el bosque nada le llamó la atención, aunque tampoco lo podría haber visto de haber sucedido. Con cualquier excusa que le valiera, atravesó el arbolado hasta llegar a ver la playa y el mar.

–Y tú, Thierry, ¿qué harás?

–No lo sé, no hay nada que me interese demasiado –Al terminar la escuela todos tienen la misma duda.

–Podríamos ser ganaderos, es una opción segura. Encima, promete una vida tranquila.

–No suena mal. Aunque no sé si nos daría para vivir como queremos. Tal vez me vaya de Francia, seguro que por ahí hay buenas oportunidades.

–Bueno, no parece una mala idea –A Blesée le sorprendió la respuesta de su amigo, él no abandonaría su país.

“¡Tendrás que tropezar, y ahí estaré para agarrarte del tobillo, topo!”. Outil no respondió. Pensaba, como solía hacer, en diversas cuestiones y, al mismo tiempo, en lo que ahora le sucedía, pero no podía o tal vez no quería atender. Thierry sabía perfectamente lo que le había costado a Alemania tener todo a punto como para que hubiera un infiltrado francés. Por fin pudo descansar un momento. Había terminado con su cometido, y sin manchar el suelo. Francia había perdido un soldado. O Alemania, aunque tampoco importaba demasiado. Se tomó un tiempo para recordar por qué hacía lo que hacía, y por qué llegó a traicionar a su país. Sintió lo agradable que era tener las manos calientes, y lo enmudecedor que es tener la nuca fría.

**ACCÉSIT: OIER MENDIVIL MARTINEZ, BATX1**

## **EL BÚHO**

No podía ver nada, solo podía escuchar las voces de los cirujanos hablar entre ellos “No creo que pueda volver a caminar” explicó el cirujano a su enfermero, hasta que me sedaron de nuevo y volví a caer en el estado de inconsciencia indolora durante las siguientes horas.

Ya eran las 18:00 y mi padre tocaba el claxon fuera de casa para meterme prisa, yo ya me estaba poniendo las zapatillas cuando de repente me llegó un mal presentimiento. Se me erizó la piel y un escalofrío recorrió mi nuca, como si algo me fuese a pasar pronto, pero no le presté atención, cogí mi mochila y salí a montarme al coche con mi padre. Llevábamos mucho tiempo sin salir a pescar juntos, desde la muerte de mamá nos distanciamos pero su amor paterno aún se siente ya que es el único familiar que me queda, bueno, mis abuelos también, pero desde la muerte de mamá no volvimos a saber nada sobre ellos, solo sé que viven en un caserío a las afueras con sus animales, y que no son precisamente sociables. Me monté al coche y acomodé mi equipo de pescar en los asientos traseros, junto a los de mi padre. Encendí la radio y en la cadena 3 sonaba la nueva canción de Kate Bush, la cantante favorita de mi difunta madre. Arrancamos y escuchamos toda la canción mientras conducimos al lago, pero de repente un camión chocó el lateral derecho del coche, dejándome inconsciente por el golpe que recibí..

No podía ver nada, solo podía escuchar las voces de los cirujanos hablar entre ellos “No creo que pueda volver a caminar” explicó el cirujano a su enfermero, hasta que me sedaron de nuevo y volví a caer en el estado de inconsciencia indolora durante las siguientes horas. Cuando terminamos la operación una enfermera me atendió con un zumo de mango y un plato de comida mientras yo estaba tendido en la cama, mi madre decía que era la peor comida del mundo, la comida procesada de los hospitales. Me dolía mucho la cabeza, miré hacia abajo y entré en pánico. La enfermera intentó calmarme pero mis gritos no cesaban por lo que tuvo que llamar al doctor que intentó calmarme y al igual que ella no tuvo éxito. Varios minutos después conseguí calmarme escuchando música y el doctor volvió a entrar a la sala, después de explicarme que mi padre está en estado de coma me preguntó:

-Tienes a algún familiar que pueda cuidar de tí muchacho?

-No- le respondí.

- Sabes que no puedes cuidarte solo ahora que ya no puedes caminar, tus piernas están amputadas. -dijo con una amable sonrisa para disimular su pena.
- Bueno, mis abuelos son los únicos familiares que me quedan- respondí.
- ¡Perfecto entonces! Hablaremos con ellos y se harán cargo legal de tí muchacho.

Yo no quería vivir con mis abuelos, no creo que yo les agradase ya que desde que mis padres se conocieron ellos condenaron y odiaron rotundamente aquella relación y seguramente odiarán más el fruto de esta, pero les gustase o no, ahora yo era su responsabilidad y esa misma tarde me iban a transportar a la casa.

Después de 6 km de carretera recta y atravesar un bosque llegamos a la casa y los trabajadores de la ambulancia me ayudaron a subir las maletas a la planta superior, que era donde iba a pasar las siguientes semanas. La casa era enorme y antigua, como la mayoría de las casas de la zona, nada más verla un escalofrío recorrió mi cuerpo, desde la espalda hasta la nuca, al igual que momentos antes del accidente automovilístico que tuve con mi ya fallecido padre. Las paredes de la casa estaban bien reforzadas de piedras muy grandes, entre las cuales se veía el musgo que brotaba de entre las piedras intentando huir de ser aplastado y que se formó durante el transcurso de los años. Las ventanas y las puertas estaban hechas de madera y cristales tan antiguos que me sorprendió que aún estuviesen de pie. En la gran puerta nos esperaba la abuela con una sonrisa desgastada y un gesto amable de bienvenida y me resultó raro no ver al abuelo junto a ella. Resultó que el abuelo murió hace años suicidándose ya que no podía soportar la esquizofrenia que sufría y que se apuñaló a sí mismo en el pecho antes de morir en un charco de sangre según el conductor de la ambulancia. “Es una familia de locos en una casa de locos” dijo.

Cuando entré a casa respiré un aire muy antiguo y que guardaba muchos secretos, un aire que presencié eventos surrealista y pasados, el interior de la casa, al igual que el exterior era antiguo y tétrico, los muebles de madera polvorienta llenaban la casa y no me pareció ver ningún electrodoméstico. En la entrada había una biblioteca muy grande con estanterías con cientos de libros, entre ellos los más destacables eran de Edgar Allan Poe y poemas de Lord Byron y Victor Hugo. La abuela parecía muy energética pese a su edad, arrugas y canas, caminaba un poco encorvada como si su espalda no soportara el peso de sus hombros y su rostro era pálido y redondo como una luna llena y vestía una túnica blanca de seda y un sombrero negro de piel de algún animal, de zebra seguramente por

las estrías negras y blancas. Me sentó en un sillón del salón que se hundió con la presión de mi cuerpo y me sirvió el té mientras esbozaba una sonrisa forzada y mostraba sus dientes blancos como perlas, que lógicamente eran prótesis dentales. Tras un silencio incómodo comenzó a hablar y me dijo que aquí me sentiría en casa y seguidamente me acompañó al piso superior donde estaba mi nueva habitación. La abrió con llave y resultó ser un dormitorio muy amplio, con una cama enorme y muebles viejos pegados a paredes empapeladas. La abuela me dejó solo para cambiarme y antes de cerrar la puerta me dijo: “No hay luz aquí, te he dejado velas al lado de la mesilla”

se dió la vuelta y se detuvo a decirme “Ah, y hay muchos animales por esta zona, puede que tengas problemas para dormir” y finalmente cerró la puerta.

Me cambié y leí uno de los libros de la estantería, empezando por Dante Alighieri y en esa misma tarde leí cien páginas de “La Divina Comedia”. La abuela tocó la puerta y me llamó para cenar. Bajé las escaleras con la ayuda de unas muletas y con el bordillo de las escaleras muy despacio y llegué al comedor. Ahí Berta, la criada y única acompañante de la abuela nos preparó un buen plato de salmón y verduras acompañado de un zumo de un zumo natural de naranja. Tras la cena cogí otro libro sin siquiera leer el título ya que quería huir lo antes posible de cualquier socialización con ellas, por lo que volví a subir las escaleras y entré a mi habitación, encendí dos velas y comencé a dormir hasta que el sueño me venciera.

A mitad de la madrugada unos gruñidos y arañazos en la puerta me despertaron, me paralizó el miedo y esperé un minuto quieto, sin mover ni un dedo, parecido a un estado de catalepsia pero con los ojos abiertos y con una mirada punzante y aterrada que apuntaba a la puerta. Minutos después escuché que aquel origen de los gruñidos y arañazos se alejaba, y escuchaba sus pasos escaleras abajo. Encendí otra vela y me dirigí a la puerta en mi silla de ruedas, con los brazos temblando y el escalofrío en la nuca que últimamente no para de acosarme, aunque tuve la sensación de que cada vez que ocurre intenta avisar de algo malo, como un presentimiento. Abrí la puerta y asomé mi cabeza, vi a la abuela bajando las escaleras, con una bata blanca casi transparente y con el pelo alborotado y gris, gruñendo, gateando como un animal y vomitando.

La mañana siguiente bajé a desayunar y Berta me invitó a la mesa. Le pregunté de lo que pasó anoche y me dijo nerviosa que la abuela sufría del trastorno de Doofenshmirtz que la engulle en un trance nocturno, trastorno que yo jamás había escuchado por lo que me pareció sospechoso y seguramente sea inventado por ella. La abuela entró al comedor

arreglada y maquillada como siempre y tras desayunar me enseñó las fotografías de su ya fallecido marido y lo mucho que mi madre se parecía a él. Me explicó que tras su muerte él entró en un estado de depresión y se suicidó apuñalandose en el corazón, la misma historia que aquel conductor me contó. El abuelo era un hombre feliz y sonriente, siempre sonreía según la abuela hasta la muerte de su única hija. Su cadáver, con una gran cicatriz en el pecho y sin corazón (ya que la abuela lo conservó a parte del cuerpo) se sepultó en el patio trasero de la casa como él siempre había querido según la abuela, en la casa en la que pasó casi toda su vida y donde crió a su pequeña hija.

Tras desayunar me senté en la biblioteca a leer pero no podía concentrarme ya que lo que pasó anoche rondaba mis pensamientos ¿Por qué todo es tan extraño y tétrico en esta casa?

Abrí el libro, era Frankenstein de Mery Shelley. Siempre me había interesado ese libro, ¿Cómo se le puede dar vida a algo usando partes y facciones diferentes de algo ya sin vida? Que fascinante imaginación tenía la escritora Shelley, siempre me pregunté si esa ficción podría llevarse al mundo real, sería un avance increíble para la humanidad.

Subí a mi habitación y como el día anterior, leí toda la tarde hasta dormirme, ni siquiera me presenté al comedor para cenar. Me desperté a la noche de nuevo por otros ruidos extraños, parecían de un búho, no, eso no era un búho, parecía la risa de un ser humano interrumpida por la ululación de un búho, que extraña mezcla me pareció aquella, era un sonido espantoso y terrorífico, no me dejó dormir. Me tomé una pastilla para dormir y al fin conseguí conciliar el sueño. A la mañana siguiente, cuando hube disipado en el sueño los vapores de la orgía nocturna, desayuné y volví a la biblioteca a por un libro nuevo.

Las siguientes tres noches era siempre lo mismo, los ataques extraños de la abuela a la puerta de la habitación y aquel maldito búho que no me dejaba dormir. No paraba de pensar en Frankenstein y en el abuelo ¿Se le podría traer a la vida de nuevo usando las ideas de Mery Shelley? Jamás podremos saberlo.

La cuarta noche, cansado del búho abrí la ventana para espantarlo y de nuevo el escalofrío me recorrió el cuerpo acabando en mi nuca, de nuevo lo ignoré y abrí la ventana. Lo que ví me paralizó, no me podía mover, me sentí dominado por el asombro y el terror. El búho mostró su cara, sus ojos grandes como platos y esbozó una sonrisa humana, dientes

humanos desgastados, labios, encías, era parecida a la sonrisa del abuelo... me miró con sus ojos enormes y comenzó a reír. Entre las plumas quemadas y viejas del pecho tenía una gran cicatriz, una cicatriz de una operación, se le había trasplantado un corazón... Era una criatura diabólica, sacada del mismísimo infierno.

La abuela interrumpió mi estado de shock atacándome por la espalda, me asestó dos puñaladas en el abdomen en las que no sentí dolor debido a la adrenalina, solo era una sensación desagradable. Usé mi superioridad física contra ella y la golpeé repetidamente en la cabeza contra uno de sus malditos viejos muebles hasta dejarla inconsciente. Bajé las escaleras gateando y vi el rostro de terror de Berta, que dejó caer un vaso de cristal al ver la escena. Corrió a ayudarme y me llevó hasta la puerta para huir, pero la abuela ya recuperada la atacó y la ahorcó con uno de los trapos que tenía Berta colgando del bolsillo. Cogí una de los viejos gnomos de la entrada que la abuela puso de decoración años atrás y la golpeé con él hasta matarla. Por fin podía huir de esa casa. Salí con mi silla de ruedas a toda prisa para acercarme a la carretera más cercana y pedir ayuda, pero ahí en frente mío, estaba el Búho con aquella sonrisa diabólica que me miraba con mirada asesina, esto no podía ser real. Recordé una de las frases de Edgar Allan Poe en uno de los versos que había leído en mi estancia en esta casa, «No creas nada de lo que escuchas y solo la mitad de lo que ves» así que cerré los ojos y deseé que esto fuera solo un sueño.

**ACCÉSIT: MOHA SIDNA ABDELHAY, BATX1**

## INGELESA 2.ZIKLOA

### **THE PUNISHER**

Once upon a time there was a man named David, who had been raised in a humble but happy home. From a very young age, David showed great courage and determination, and dreamed of becoming a hero who would help those in need.

After years of hard training, David finally achieved his dream and became a prominent police officer in his city. He was respected by his colleagues and admired by the community for his dedication and courage.

But all that changed one dark and stormy night. David was in the middle of a pursuit of a dangerous criminal when something strange happened. The criminal lost control of his vehicle and crashed into a building, causing a huge explosion that left several injured and massive property damage.

David felt responsible for the tragedy and began to question his role as a hero. His superiors praised him for his courage in the chase, but guilt tormented him day and night. He could not bear the thought of someone else getting hurt because of his job as a police officer.

It was then that he began to take drastic measures to avoid future tragedies. He began to pursue criminals more aggressively and with less concern for the safety of the innocent. He even went so far as to attack suspects before they could cause real harm.

Over time, David became a vigilante of sorts, feared by criminals and distrusted by his colleagues. People began to call him "The Punisher," and his reputation as a defender of justice quickly spread.

But the truth is that David had become a villain. He had lost sight of his duty to protect the community and had become obsessed with the idea of bringing justice in a violent and dangerous way.

Eventually, David was captured by his own colleagues and convicted for his actions. He realized too late that he had become the kind of person he had always sworn to fight. Now, in his prison cell, he bitterly regrets having become a hero who ended up being the villain.

### **1.SARIA (ex aequo): EDER IRIONDO PEREIRO, DBH4**

#### **SACRIFICING DREAMS FOR OTHERS**

Once upon a time, there was a young girl named Emily. Emily lived in a small village with her parents and three younger siblings. Her father was a farmer, and her mother was a homemaker. They didn't have much, but they were a happy family.

One day, when Emily was eight years old, her father fell ill. They didn't have enough money to pay for his medical treatment, and so he didn't receive the care he needed. Over time, his condition worsened, and he eventually passed away. Emily and her family were devastated.

Without her father's income, Emily's family struggled to make ends meet. Her mother had to work long hours to provide for her children, leaving Emily to care for her younger siblings. She had to drop out of school to help her family, and her dreams of becoming a doctor faded away.

As the years went by, Emily watched her siblings grow up and leave the village to pursue their dreams. But Emily couldn't leave. She had to stay and take care of her mother, who(had been diagnosed) had become ill with a chronic disease again and it was getting worse. Emily spent her days cooking, cleaning, and caring for her mother, sacrificing her own dreams and aspirations.

One day, when Emily was in her mid-twenties(23 years old), her mother passed away. Emily was left alone, with no family and no dreams. She realized that she had spent her entire life taking care of others and had never had the chance to live for herself.

Emily broke down and wept for the life that she had lost, for the dreams that she had given up, and for the love that she had never received. She wished that she could turn back time and live a different life, but it was too late.

And so, Emily lived out the rest of her days in that small village, never leaving and never fulfilling her dreams. She died alone, with only her memories to keep her company.

**1.SARIA (ex aequo): UXUE NOGRARO ARRAZURIA, DBH3**



ESKERRIK ASKO PARTE HARTZAILE GUZTIEI  
ETA ZORIONAK IRABAZLEEI!!

